

PREGÓN DE LA FIESTA DE LA VIRGEN DE LOS REMEDIOS, 2019

Dignísimas autoridades, señoras y señores, muy buenas noches.

Gracias a todos por estar ahí, dispuestos a acompañar mi humilde pregón, a revivir momentos de la Yaiza que hemos compartido y a prepararnos para unos días de fiesta que siempre son únicos.

De entre el público quiero destacar la presencia de Ico Toledo, una joven escritora que hace pocos días ha presentado su libro "MOMENTO DE PARAR" y cuyos beneficios van íntegros a una fundación para niños con diabetes. Un gesto de solidaridad que deseo destacar.

Dicho esto, voy a citar a nuestro poeta insigne, Víctor Fernández Gopar, en unos versos que son la razón de mi presencia, ya que en la importancia de lo que se hizo, del pasado, se basa el presente de lo que hoy somos como pueblo y municipio.

**Pero tal vez por obra
sea preciso
saberse la importancia
del que lo hizo.**

**Al prójimo es debida
la buena obra,
pero nunca le damos
ni lo que sobra.**

Y es así, dándole a la memoria algo más de lo que sobra, como me asomo por una "RENDIJA" del tiempo de la memoria perdida, a un día de finales del mes de agosto; se percibe en el aire la mezcla de olores del "mosto" y el humo de la "aulaga". Estamos en la época de pisar la uva y de calentar los hornos de leña, esos que se preparaban para los amasijos del sabrosísimo pan casero, que acompañaban al puchero, al pescado al horno y otros majares de la comida casera, esas recetas que se transmitían de las abuelas a las hijas y luego a las nietas.

La Plaza de los Remedios y un sol que derrite las piedras. Se escuchan los silbidos de los cigarrones agitando las alas como medio de ventilación. Rompe el silencio la "guagua de los hermanos Gil que bajaba la cuesta de Don Segundo envuelta en una nube de polvo. En el asiento que está a lo largo de la trasera de la Iglesia - conocido como: "el muro de la Iglesia" se encontraban sentados a la sombra, mujeres y hombres, ancianos y niños, que esperaban a la guagua como si de un gran acontecimiento se tratara. Casi siempre los más pequeños se acercaban a la guagua para que Evaristo García Bravo les entregara las medicinas que traía de la farmacia – de la botica de Don

Pedro Medina-(tengo que resaltar que Evaristo , muchas veces pagaba las medicinas de su bolsillo y luego los vecinos cuando cobraran la semana o el mes, le pagaban.) De pronto irrumpe en la plaza, doña Nélida Cedrés, con su burra cargada de palote y hierba para las cabras y que venía de la tierra de la Virgen.

También atravesaba la plaza Pancho Farrás, con su camella, fiel compañera de trabajo cargada de la aulaga que usaba para caldear el horno, pues junto a su esposa Tomasa hacían el pan de diario, que vendían a los vecinos; ese pan oloroso, casero y cocinado en horno de leña.

Otra persona destacada en ir a esperar la “guagua” era don Enrique González Hernández - “el cartero” conocido cariñosamente como “Enriquito el del correo”-.

Y allí estaba yo, subiendo los escalones del parque situado en frente de la iglesia, cuando oí unos gritos pronunciando mi nombre: Esteban, Estebilla...

Y yo mirando para todos lados y sin poder averiguar de dónde provenían esos gritos, hasta que levante la vista y vi a Juan Casanova en el campanario de la iglesia. Era un amigo al que los compañeros de infancia llamábamos “Juanito Pipirola”, y que llevaba en lo alto de la iglesia desde las doce del medio día. Me grito: ábreme la puerta que el imbécil de Pepito Páez me encerró... Y es que les cuento, en una época por el verano, sobre todo cuando se acercaban las fiestas, se acostumbraba a tocar las doce campanadas, para que la gente del pueblo supiera cuando era el medio día.

Entonces Juanito Pipirola se arrogó el derecho y no permitía que ningún otro niño tocara las campanas, ni siquiera otro monaguillo, y mi amigo Pepe – más conocido como Pepito Páez- insistía en tener esa oportunidad, obteniendo siempre una negativa por parte del ya mencionado Juan. Así que ese día, Pepe le hace ver a Juan que se va para la casa; pero lejos de irse se volvió, subió al coro y cerró la puerta del cuarto del campanario...La travesura hizo que Juanito se quedara encerrado desde las doce hasta casi las dos y media de la tarde y al solajero.

En este mirar por la “rendija” del tiempo, puedo ver a personas del pasado de la historia de Yaiza que jugaron un papel importante en la toma de decisiones, una de ellas está relacionada con la Molina de Playa Blanca, (Y ustedes se preguntarán que hace una molina, en mitad de las fiestas..?) por cierto que hace pocas semanas se interesó el cronista oficial de Santa Cruz de La Palma, por saber si en el municipio existieron dos molinas, pues él tenía conocimiento solamente de la de Playa Blanca.

Y efectivamente dicha molina estuvo originalmente en el pueblo de Yaiza, pero una persona muy influyente económicamente quiso trasladar la mencionada molina a Playa Blanca, algo que impidió el entonces alcalde, don Evaristo García Eugenio. Pero, pasado un tiempo, don Evaristo tuvo que ausentarse de la Isla, Quedó de alcalde interino, don José, (conocido como don Pepe García), éste vivía en Uga. Momento que

aprovechó, el mencionado señor influyente y apoyando a don Felipe Perdomo (actual propietario en ese momento, que adquirió dicha molina en 1925) para trasladar la molina a Playa Blanca.

Quiero destacar que las ruinas de la tan llevada y traída molina, existieron hasta que se construyó la carretera de circunvalación de Yaiza, y estando de alcalde un hijo de don Evaristo, don Honorio García Bravo, ¡paradoja de la vida!, una molina que Don Evaristo luchó por conservar y cuyos restos históricos en Yaiza, desaparecen siendo su hijo Alcalde.

Quisiera destacar que a don Evaristo García Eugenio, no sólo se le conoció por el tema de la molina enfrentándose a un influyente y poderoso adversario, sino que también destacó por sus obras sociales con personas del Municipio. Entre tantas quiero destacar tres casos: uno el de la señora Gabriela, que se dirigió al mencionado y poderoso señor para pedirle que le vendiera agua, pues había dado a luz a una niña y la necesitaba para la recién nacida, respondiéndole el susodicho que fuese a la mar, que allí había bastante agua.

La señora Gabriela muy angustiada, (como se pueden ustedes imaginar) se dirigió a Don Evaristo contándole lo sucedido. Y éste, sin pensárselo dos veces, le firmó un vale del Ayuntamiento para que fuese a casa de dicho señor y que le despachara una cantidad de agua... En palabras del alcalde: vaya usted con ese vale y que le despache el agua, que el Ayuntamiento corre con sus gastos, que no hay derecho a que persona alguna pase sed y menos una recién nacida.

El segundo caso, sucedió con una señora de Las Breñas - cuyo nombre no voy a dar por cuestiones de privacidad-, y que venía caminando desde su pueblo a Yaiza, para hablar con don Evaristo y contarle sus circunstancias económicas, solicitando ayuda para alimentar a sus hijos que eran muy pequeños. El señor alcalde le firmó un vale para que fuese a casa de don Nicolás Ramos, uno de los comercio más importante en aquellos momentos, y que hoy aún existe y es conocida como la "TIENDA DE COLACHO", hijo del desaparecido y recordado don Nicolás.

Otro caso ocurrió cuando existía la cartilla de racionamiento (después de la guerra civil). Un vecino el cual tenía varios hijos, no podía económicamente afrontar el comprar esos alimentos que él tenía asignados. Y como siempre hay algún aprovechado que quería hacerse esos alimentos y venderlos (al estraperlo). Una vez más allí estuvo don Evaristo para impedir que se cometiera ese delito. Les hizo saber que esos alimentos pertenecían a dicho vecino y que si él no tenía dinero; el Ayuntamiento se haría cargo del coste .Pero que esa familia no podía quedarse sin comer.

Mirar por la “RENDIJA” del tiempo tiene estas cosas, el recordar a personas que no están, el rememorar vivencias y recuerdos, como el de don Pedro Camacho, uno de los barberos del Municipio, que trabajaba en las Salinas de Janubio, y que de camino a las mismas y en bicicleta, pasaba de madrugada por casa de don Manuel de Ganzo y doña Matilde, donde dejaba su pequeña maleta con las herramientas de barbero, para de regreso pelar a don Manuel y a tantos otros vecinos de Yaiza (todo eso ocurría en la casa del mencionado Manuel de Ganzo y su señora doña Matilde).

He de destacar también que el relevo del oficio de barbero, lo tomó más tarde su hijo, Eleuterio Camacho, más conocido como “Tério”.

Todas estas personas que he nombrado y las siguientes que mencionaré, confluían en las fiestas de Los Remedios, pues los barberos tenían trabajo durante todo el año, aunque en vísperas de las fiestas su actividad aumentaba.

El Piñero, ese rincón tan conocido de Yaiza, vivía en esos días una intensa actividad, pues allí llegaban todos los vendedores de pescado, de sal; Marcial “el de las batatas”, el fundador del imperio conocido como la cadena de supermercados Eurospar, “los González de la “Lonja en Mácher”, y tantos otros...Entre los vendedores de pescado, estaba Eduardo Camacho con su burro grande; Juan Rodríguez, con su burro Perico; Cristóbal Valiente con su “Perrera” ese vehículo mixto, de carga y de viajeros, y por supuesto estaban los compradores, entre ellos doña Matilde, - esposa de don Manuel de Ganzo, que era una buena cliente, pues compraba pescado todos los días, pero para los Remedios encargaba un ejemplar grande, adecuado para asar al horno o para componer – ya saben, guisado con salsa-.

Su frase era: Eduardo quiero un pescado aparente para el horno... Y el bueno de Eduardo respondía: Ahí tienes rayo... Mientras le entregaba el más fresco, de mejores dimensiones y peso.

Las fiestas eran también días de trabajo para Quino Reyes y Idelfonso Noda (Ilefonso, para los del pueblo), pues por su complexión delgada y agilidad se encargaban de subirse acortar las hojas de palmera que engalanaban la plaza de Los Remedios, el punto de encuentro para los pueblos.

Pero qué sería de las fiestas de Los Remedios, de Yaiza, sin la presencia de esa bocanada de aire y de viento fresco que es la mujer; el ser que aporta agua, fuego, luz, alegría, tristeza, sonrisa y llanto a la vida. La mujer que es la dulzura y sobre todo el amor. Nosotros somos y existimos porque nos parió una mujer. “Y desde esta humilde persona “que les habla; digo desde mi corazón a la mujer....gracias por ser MUJER “y por ello quiero recordarles a algunas de las más significativas de Yaiza, de las que todos recordamos por sus oficios y/o anécdotas.

Comenzaré citando a algunas de las famosas dulceras, pues los dulces artesanales de Yaiza, eran de los más exquisitos que se conocían. Estaban las hermanas Eulalia y Lola Nieves Lemes, con su afamada “tiempla de biscochos dulces”. Doña Dominga de la Cruz, doña Malala Cedrés y doña Ángela Domínguez, que junto a su esposo ponía por los días de los Remedios una especie de ventorrillo donde, además de dulces, vendía alguna que otra botella de coñac, anís y ron. Y es que las dulceras además de hacer por encargo sus especialidades para los vecinos, también ponían sus mesas en las fiestas y que servían de reclamo para los visitantes, pues en Lanzarote era muy típico comprar los dulces caseros en las fiestas, algo que demandaban sobre todo los niños que, por uno u otro motivo, se quedaban en casa.

En la vida cotidiana de los pueblos los oficios tenían una gran importancia. Uno de ellos era el arte de coser, las costureras de Yaiza siempre han sido auténticas modistas, pues lo mismo confeccionaba ropa de hombre como de mujer, sobre todo en una época en la que no teníamos acceso a tantas prendas manufacturadas. Los trajes de caballeros se cosían a mano y a máquina, pero los vestidos de las mujeres eran casi todos eran cosidos a mano, con una delicadeza y paciencia infinita.

Era costumbre estrenar una vez en el año, muchas madres se privaban de estrenar en beneficio de sus hijas, ahorrando muchos meses para que las chicas de la casa lucieran traje nuevo por el día de la fiesta. En el recuerdo de todos está el sacrificio de una madre de Las Breñas, que perdió su vida cuando fue a la mar a mariscar para luego vender lo recolectado y poder comprarle unos “zapatitos” para que su hija los luciera en la fiesta en de San Marcial.

Entre las costureras más afamadas estaban doña Margarita Reyes, en Femés, que cosía a sus vecinos y también para los de Playa Blanca; doña Rosa González Díaz, en Yaiza, más conocida como la esposa de don Nicolás Ramos. Esta costurera, aparte de confeccionar la ropa de sus hijas y de su Hijo “Colacho”, también hacía trabajos “para fuera” y enseñaba a jovencitas del pueblo en el arte de la costura. Entre sus alumnas aventajadas estaban Lola, la de “Siño Valentín” y Felisa Barrera, entre otras.

Luego doña Flora Viñoly, conocida por la esposa de don Juan Camacho, especializada en ropa de hombre, un arte que enseñó también sus hijas; doña Aurora, esposa de un guardia civil llamado Adón; doña Ana, esposa de don Luis Curbelo; Aureita Calero en Uga, costurera de mucho prestigio por su finura y delicadeza a la hora de terminar las labores; y de las más contemporáneas, Aurelia Torres, de Las Breñas, y Ramona de la Cruz.

Como curiosidad comentarles que recuerdo a mis hermanas, Inmaculada y Sola, camino de casa de Siña Ángela y de Siño Victoriano de la Cruz, padres de Ramona, a probarse los vestidos que iban a ponerse para la fiesta de Los Remedios. Sé que los

modelos los seleccionaban de los catálogos de “Galerías Preciados”, establecimiento ya desaparecido.

Una sobrina de Ramona que vivía en Arrecife se pasaba los veranos con sus abuelos y su tía María de los Ángeles que así se llama. Un día, de niña, se acercó al corral de las cabras de sus abuelos a echarles unas cáscaras de papas, pero con la mala fortuna que con el impulso se le cayó la gorra que llevaba en la mano. Y lejos de llamar a su tía de inmediato, se quedó atónita viendo como las cabras la devoraban. Repuesta del susto gritó: ¡tía, tíaaa, tíaaaa... Venga corriendo que las cabras se están comiendo mi gorra!, ¡vengaaaa...tíaaa... Qué ya no le queda si no la coletaaaaa...!

Y es que a pesar de tener maestras como doña Esperanza Parrilla, la primera que hubo en la escuela de Yaiza, los niños de antes éramos más tranquilos que los de ahora, existía en los pueblos esa familiaridad, respeto y cariño por los vecinos. Un ejemplo de ello son don Félix González y su esposa María, que ponían las inyecciones a cualquier vecino que lo necesitara, daba igual si hacía frío o calor, de día o de noche, sin cobrar ni una peseta y con todo el agrado del mundo.

Pareciera que la gente se enfermara menos, puede que mucho tuviera que ver en ello don Domingo Tavío, marchante de profesión, que era quien hacía las matanzas de cochinos y se encargaba de vender la carne a domicilio para que hubiera fritura y puchero el día de la fiesta. Por cierto que don Domingo Tavío era bien conocido por ser un buen improvisador, muchas cosas se contaban a través de los versos y no existía la comunicación con los mensajes por ‘whassap’, que en cuestión de segundos ya está al otro lado del planeta.

Hasta los años 70 el único teléfono de carácter público que había en Yaiza se encontraba en casa de Evaristo García Eugenio. Ahí tengo que destacar la figura de una mujer que se pasó toda su juventud al pie del teléfono, para avisar a los vecinos cuando otro familiar le llamaba desde fuera de Yaiza. Era el caso de los marineros, que regresaban de la costa e iban a descargar el pescado a un puerto de otra isla. Enviaban telegramas o avisaban a sus esposas de que le iban a hablar por “conferencia telefónica”. Esa joven era Manuela García Bravo, hija de Evaristo, que sin demora hacía llegar el telegrama o el aviso de conferencia a los vecinos, un mandado que hacía con la ayuda de su hermano Alfredo.

Las noticias volaban rápidamente entre los vecinos, creo que los patios de arena y las escobas tenían mucho que ver en ello, pues las mujeres - observando los quehaceres del hogar- salían a barrer la mayoría de los patios y caminos de entradas a las viviendas, aprovechando para compartir noticias cercanas y familiares. Era una tarea que se hacía con esmero a diario. Pero los domingos, y muy especialmente el día de Los Remedios, se barría hasta la punta del camino. Doña Prudencia González Domínguez, fue una de las grandes artesanas de la escoba, hacía con las hojas de las

palmas esteras, empleitas para el queso de cabra, y otros tantos utensilios derivados de dichas hojas de palma.

Y por último, quiero destacar a otra mujer, doña Juana Marrero Rodríguez; que aún vive, cuenta con 96 años de edad y está como una rosa. Doña Juana con sólo 13 años empezó a trabajar en las salinas, recogiendo sal y, sin tener estudios académicos, al cumplir los 19 años se hizo cargo de toda la administración de la industria de las Salinas de Janubio. Fue autodidacta e incluso en sus ratos libres, su afán de superación y generosidad, le llevo a dar clases de lo que se conocía como cultura general - aritmética, geografía, gramática...- Su ejemplo y el de todas las mujeres que he citado, hablan de su fuerza, de su carácter de luchadoras, de entregadas a la familia, de la historia de uno de los pueblos y municipios más bonitos de Canarias.

Aquí quiero contar brevemente de cómo eran las fiestas de Los Remedios según las viví en mi niñez:

- Veo el carro de golosinas de “LUNAS”, con los típicos bastones de caramelos, trenzados, de tres colores (blanco, verde y rojo) que aún tengo “la magua de no haberme podido comprar uno).
- Veo la chicas orgullosas, tunantas, estrenando sus vestidos nuevos y paseando, dando varias vueltas a la iglesia (con los brazos entrelazados) una de las tradiciones, era poner las chicas que tenían novio (los cuales estaban ausentes) en el medio y las que no estaban comprometidas por fuera. Luego también iban las mayores de edad al baile en el casino de Juan Viera. Pero preferían ir al salón de Evaristo; porque decían que era más elegante (con unos ventanales grandes dando a la calle (en realidad lo era). Las parejas se lucían bailando en ese salón. Los hombres con las chaquetas cruzadas y las chicas luciendo sus vestidos nuevos. Bailaban al son: primero, del toque de timple y guitarra. En los que se encontraban entre otros León Tejera guitarra y Pedro Camacho un buen tocador de timple. Más tarde vino Castellano al “saxo” y Benito Artíles a la trompeta (las parejas bailando el famoso y conocido pasodoble “Tengo una vaca lechera”).
- Recuerdo a Ángel Eugenio y su hermano Mateos (conocido como el zapatero), vestidos con traje de chaqueta y corbata, emocionados, casi con lágrimas en los ojos, cargando el trono de la virgen.
- Veo a Manolo Melián, tirando doce docenas de voladores, que le había ofrecido a la Virgen de Los Remedios, después de haber sufrido un accidente laboral, cuando trabajaba en la Palma.

- También recuerdo, a Ángel Rodríguez (conocido como Lito el cariñoso) tunante él, con las manos engrasadas y con una llave inglesa en la manos (pues él era el encargado voluntario de cuidar el motor); motor que traía la comisión de fiestas y que el alcalde en ese momento pedía prestado a don Antonio Armas (estos motores eran auxiliares en los barcos del mencionado Sr.
- Oír a los hombres mayores quejarse de que la cerveza estaba caldeada, a lo cual le respondía el cantinero un poco enfadado: ¿Cómo va a estar caldeada si la tengo a la sombra desde esta mañana...?
- Y así podríamos estar rememorando horas y horas, las fiestas tradicionales de nuestra Señora de Los Remedios.

Así que declaro pregonadas las fiestas de Los Remedios 2019, que reine la alegría y el respeto entre todos, que no dejemos de acogernos a la protección de la Virgen y que su extrema bondad reparta salud, bienestar y confianza entre los yaiceros y las yaiceras, de manera que seamos un pueblo unido que camina hacia el futuro con esperanza.

Me despido con unos versos de Carmen Roger, que dicen:

**¡YAIZA¡qué bonita eres,
que todos tus visitantes, contentos vienen a verte,
y a decirte este piropo: Yaiza, ¡qué bonita eres!
Tus casas tan blancas, tus hijos que bien te cuidan,
eres la envía de todos aquellos que te visitan.
Yaiza... ¡qué bonita eres!**

Esteban Rodríguez Eugenio, cronista oficial del municipio de Yaiza.

Yaiza, 30 de agosto 2019.